

Un discípulo secreto de Jesús

# Gracias, José de Arimatea

¿Cuánto le debemos al hombre que se encargó de darle sepultura al Hijo de Dios?

Por ZOIA SANDOR

**J**osé de Arimatea no estuvo entre los apóstoles que Jesús escogió a la luz del día, ni seguramente se pronunció alguna vez en la plaza pública a favor de la Buena Nueva de la que era portador el Verbo hecho carne. Sin embargo, los Evangelios reconocen explícitamente que ese hombre –natural de Arimatea, un pueblo que, según se dice, se encontraba probablemente al noroeste de Jerusalén– le abrió su corazón y su conciencia al Maestro.

Sucede, sin embargo, que lo hizo de manera clandestina. El Evangelio según San Juan apunta que, en efecto, era discípulo de Jesús, “aunque en secreto por miedo a las autoridades judías”. (*Jn. 19,38*).

¿Por qué esa situación?

He aquí lo que expresa el Evangelio según San Mateo:

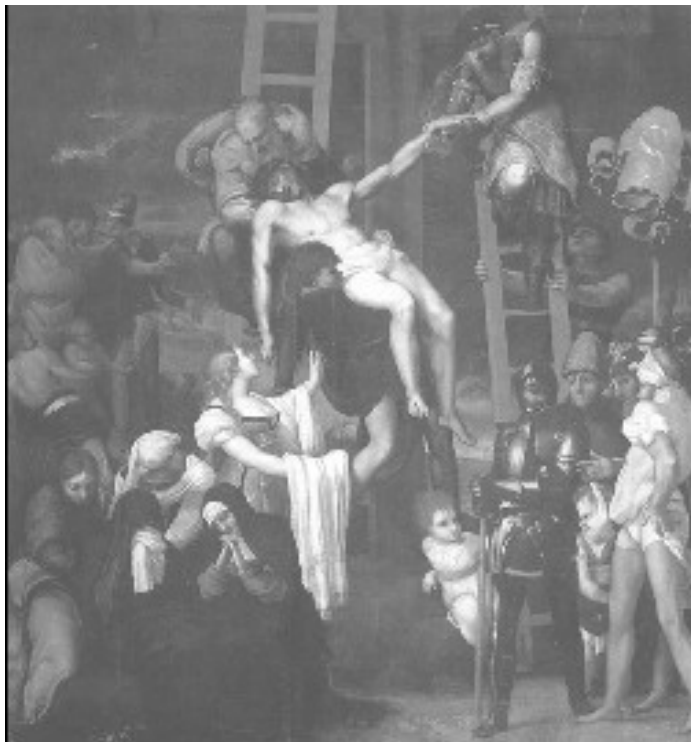
“Cuando ya anochecía, llegó un hombre rico llamado José, natural de Arimatea, que también se había hecho seguidor de Jesús. José fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato ordenó que se lo dieran, y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana de lino limpia y lo puso en un sepulcro nuevo, de su propiedad”. (*Mt. 27,57*)

Un hombre rico que abrazó el Reino de Dios. Pero hay más.

El evangelista Marcos precisa que José de Arimatea era un miembro importante de la Junta Suprema o Sanedrín, órgano de autoridad en asuntos internos, sobre todo religiosos, de los judíos.

Y puntualiza textualmente que “se dirigió con decisión a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús”. (*Mc. 15,42*) El Evangelio según Lucas se torna más explícito: “Había un hombre bueno y justo llamado José, natural de Arimatea, un pueblo de Judea. Pertenecía a la Junta Suprema de los judíos. Este José, que esperaba el Reino de Dios y que no estuvo de acuerdo con lo que la Junta había hecho, fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús”. (*Lc. 23,50*)

Estamos en presencia, pues, de una persona rica que, por añadidura, era uno de los integrantes del Sanedrín y, por consiguiente, alguien realmente importante. A esa Junta Suprema de los hebreos, presidida por el Sumo Sacerdote, también pertenecían personajes de relieve de las familias sacerdotales, los denominados ancianos, o sea, hombres notables de familias no sacerdotales, y finalmente, los escribas o maestros de la Ley, quienes tenían a su cargo la instrucción religiosa de la población.



**José de Arimatea y Nicodemo bajan el cuerpo de Jesús.  
(Cuadro *El descendimiento*, de Pedro Machuca.  
Museo del Prado, Madrid)**

¿En cuál de esas categorías se ubicaba José de Arimatea?

Los Evangelios no consignan absolutamente nada al respecto. Pero, como se ha observado con anterioridad, sí subrayan que era un hombre acaudalado e influyente, que abrazaba secretamente la Palabra del Señor. Y en virtud de esos atributos, en momentos terribles de frustración y derrota en que la mayoría de los Apóstoles, desconcertados, abandonaron a su Maestro, José de Arimatea, el discípulo en las sombras, decidió mirar cara a cara a Poncio Pilato (el prefecto designado por el ocupante romano) para solicitarle el permiso que permitiera desclavar a Jesús de la cruz y darle sepultura.

Algunos textos acotan (véase, por ejemplo, el tomo uno de las *Biografías* publicadas por Ediciones RIALP S.A., de Madrid) que, con aquel gesto, nuestro hombre de Arimatea “salda la cobardía que, en su primer momento, había supuesto el seguimiento a escondidas de Jesús”.

Permítanme formular un solo comentario: gracias, José de Arimatea. Y gracias igualmente a Nicodemo, el que cierta noche fue a dialogar, también en secreto, con Jesús.

Porque –como afirma el Evangelio según San Juan- “Nicodemo llegó con 30 kilos de un perfume, mezcla de mirra y áloe. Así pues, José y Nicodemo tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas empapadas en aquel perfume, según la costumbre que siguen los judíos para enterrar a los muertos”. (*Jn, 19,38*)